VERSO II.

Salid y ved, hijas de Jerusalén,
al Rey Salomón con la diadema con que
le coronó su madre en el día
de sus desposorios, y en el día
de la alegría de su corazón.

Hermosísimo verso, sobre el cual han hablado mucho los santos Padres. En él la Esposa invita á las hijas de Jerusalén á que salgan á mirar al Rey sentado en su litera y coronado con una hermosa diadema con que le coronó su Madre en el alegre día de sus bodas.

Lo primero, es de saber, que la diadema no era propiamente una corona como ahora se entiende, sino que consistía en un lienzo blanquísimo que se ponía sobre la cabeza de los reyes ó magnates, cayendo sobre las espaldas, recogido en la cabeza, y ceñido por la frente con una cinta ó cerco de metal, que poco á poco se convierte en corona. Y esto se sabe muy bien, porque se lee que Alejandro Magno se quitó la diadema

para vendar las heridas que recibió uno de sus capitanes. San Crisóstomo advierte, que los hijos solían ser coronados en el día de sus bodas por su madre. Esto supuesto, Jesucristo, de quien aquí se habla en figura de Salomón, fué coronado con cinco diademas: la primera es la diadema de la humana naturaleza, que le ciñó y revistió su Madre santísima, y aun la corona real de David; por ella le vino al Señor en herencia. Vease cuán bien lo explica el Papa San Gregorio: «La Madre de Cristo, la Vírgen María, coronóle con diadema, porque de ella tomó el Señor nuestra humanidad; y esto se dice que pasó en el día de su desposorio y de la alegría de su corazón, porque cuando el Hijo de Dios quiso juntar su divinidad con nuestra humanidad, cuando quiso por su buena voluntad y en el tiempo oportuno asumir á su Iglesia, entonces quiso recibir nuestra carne de una Madre Virgen, en el gozo y alegría de la caridad; y aunque vivió con ella en el tiempo, con las miserias de nuestra humanidad, pero gozóse vehementemente de nuestra redención».

La segunda corona del Señor, es la corona de espinas, con que su Madre ó más bien su madrasta la Sinagoga, le ciñó en el día de su Pasión, pues como dice un Padre, «para curar el Señor en sí mismo nuestras enfermedades, por eso fué coronado con una corona de espinas como vencedor, así como los capitanes que han triunfado, ostentan el instrumento con que lograron la victoria.» Y ese día fué el de la alegría del Sagrado Corazón de Jesús y como el día de sus desposorios, en que murió por su esposa la Iglesia. Y por esto en la fiesta de la Corona de Espinas, tanto en el Oficio como en la Misa, pone la Iglesia todo este verso.

La tercera corona es la de la gloria, con la cual fué coronado en su Resurrección y Ascensión, día muy alegre para su Corazón, porque ya glorioso é inmortal, para siempre se desposaba con su Iglesia. La cuarta corona fué la del dominio y reinado que recibió el día de Pentecostés, cuando comenzó á sujetarse las almas á la fe, desposándose solemnemente con la Iglesia, que de los judíos y gentiles se formaba: «José tuvo la co-

rona de la castidad, Pablo la de la justicia, Pedro la de la fe; pero sólo Cristo, dice San Ambrosio, tiene la corona de la gloria con que la Iglesia le coronó».

La última corona esponsalicia y triunfal, será la de los bienaventurados en el cielo, pues aunque ellos son coronados por el Señor, pero al mismo tiempo el Señor forma de ellos su corona; y por eso se dice en el Apocalipsis: «Gocémonos y alegrémonos, y démosle la gloria, porque han llegado las bodas del Cordero, y se le ha dado á su Esposa, que está preparada, el cubrirse con lino cándido y esplendente.... Bienaventurados los que han sido llamados á la Cena de las bodas del Cordero. (Apoc. XIX. 9.)»

La Virgen Santísima, que coronó al Señor con la diadema ó tela blanquísima de la humanidad, con la cual en la cruz vendó nuestras heridas, convida á las hijas de Sión, esto es, á los ángeles y á los hombres, ya en el día de su Nacimiento, colocado en el pesebre; ya en el día de su Pasión, ceñido de espinas; ya en la Resurrección y Ascensión, con la corona ganada en el combate; ya en el cie-

lo, donde coronado de inmensa gloria está sentado á la diestra de su Padre. Salid, almas tiernas y principiantes, á ver al tierno Rey en el establo; salid, almas tristes y atribuladas, á verle Rey de dolores, coronado en el Pretorio; salid, almas tibias é inconstantes á consagrarle vuestro corazón coronado de amor, en el Cenáculo; salid, almas perezosas y pusilánimes, á verle coronado de gloria y honor en el empíreo, para que á su vista os llenéis de aliento y diligencia; salid, almas todas; salid todos los días á verle y recibirle en la Eucaristía, donde coronado con la diadema de las blancas especies, os aguarda en la alegría de su Corazón, para celebrar con vosotras sus desposorios!

Voz de la Madre á las Hijas de María Inmaculada.

Buscad siempre, queridas hijas; buscad siempre á Jesucristo, ya por dentro en el lecho de vuestro corazón, ya por

fuera en las calles y plazas, cuando tengáis que andar entre la turba de las criaturas: y aunque de pronto no le halléis, perseverad en buscarle. Acudid á vuestros confesores y directores, preguntándoles cómo podréis servirle y amarle; y después le hallaréis en la oración, y le tendréis con los brazos de la caridad, y no le volveréis á dejar por el pecado; antes lo meteréis á lo más íntimo de vuestro corazón y de vuestra alma. El mandará á sus ángeles y santos que os cuiden y defiendan, y ellos celebrarán la rectitud de vuestra intención, y el buen olor de la mirra y el incienso, de vuestra modificación y oración. El Rey pacífico descansará en vuestra alma como en blando lecho, y los ángeles os defenderán de los ataques del demonio en las noches de las tentaciones. Y no sólo seréis el lecho en que descanse, sino también la carroza en que se ostente, por vuestra modestia en los templos y en las calles, que con vuestro pudor en las visitas, serán como columnas de plata; por vuestra humildad seréis el respaldar de oro; por vuestra paciencia

mostraréis la gradería de púrpura; y el medio, lleno de amor, será vuestro corazón inflamado en el de mi Hijo. Salid todos los días á verle coronado en medio del santo Sacrificio, y con vuestra compasión y desagravio, quitadle la corona de espinas, y coronadle de amor y de virtudes. Y El, un día, será también vuestra inmortal corona.

Voz de las Hijas.

¡María, Madre mía, te oí y me encanté! Ayúdame para seguir tus dulces insinuaciones. ¡Quiero buscar á mi Jesús de día y de noche; quiero ser su lecho donde descanse, su litera en que se muestre, su esposa á quien un día corone, y la fiel amante de su sagrado Corazón! Ayúdame, ¡oh Madre! ¡Sostenme siempre y condúceme hasta el fin!

CAPITULO IV

Hermosura de la Esposa.—Sus ojos, cabellos, dientes, labios y mejillas, cuello y seno.—Sin mancha.—Las coronas de María.—Las dos heridas.—Panal y miel y leche.—Huerto cerrado y Fuente sellada.—Granadas y manzanas; siete plantas aromáticas.—La fuente de los huertos y el pozo de aguas vivas.—El cierzo y el austro—. Voz de María.

VERSO I.

¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres!—Tus ojos de palomas, sin lo que por de dentro está oculto.—Tus cabellos como rebaños de cabras que subieron del monte de Galaad. Verso 2.—Tus dientes como manadas de trasquiladas que subieron del lavadero, todas con crías mellizas, y no hay estéril entre ellas.

Cinco versos continuados de este capítulo, se consagran á hacer una descripción